



NACIONES UNIDAS
ASAMBLEA
GENERAL



Distr.
GENERAL

A/33/86
25 abril 1978
ESPAÑOL
ORIGINAL: INGLÉS

Trigésimo tercer período de sesiones
Tema 58 de la lista preliminar*

DESARROLLO Y COOPERACION ECONOMICA INTERNACIONAL

Carta de fecha 21 de abril de 1978 dirigida al Secretario General
por el Representante Permanente de los Estados Unidos de América
ante las Naciones Unidas

Tengo el honor de transmitirle el texto de un discurso pronunciado por el Sr. Jimmy Carter, Presidente de los Estados Unidos de América, ante el Congreso de Venezuela, el 29 de marzo de 1978.

Como las opiniones expresadas en ese texto se relacionan directamente con los problemas del desarrollo y la cooperación económica internacional que examinaremos en el próximo período de sesiones de la Asamblea General, le agradecería que hiciera distribuir el texto de esa declaración como documento de la Asamblea General en relación con el tema 58 de la lista preliminar.

(Firmado) Andrew YOUNG

* A/33/50/Rev.1.

ANEXO

Discurso pronunciado por el Presidente de los Estados Unidos de América ante el Congreso de Venezuela el 29 de marzo de 1978

Tengo el honor de hablar hoy en esta asamblea libre de una de las naciones más grandes de la tierra para traer el caluroso saludo del pueblo de los Estados Unidos, cuyo amor por la libertad es tan profundo como el de ustedes.

Nuestras naciones están unidas no sólo por intereses comunes, sino por el vínculo más fuerte y más duradero de todos, el de compartir los mismos ideales.

Venezuela ocupa un lugar prominente entre los que han defendido la causa de la democracia.

Hace siglo y medio, ustedes dieron al mundo a Simón Bolívar, símbolo de libertad cuyo ejemplo trasciende fuera de América. Ahora Venezuela da pruebas inequívocas de que la libertad política y el progreso económico no tienen por qué ser ideales en pugna, sino que pueden reforzarse mutuamente.

Hace casi 200 años, el General Francisco de Miranda viajó por mi propio país, mientras se preparaba para luchar por la liberación de Venezuela.

El año pasado el Presidente venezolano - y amigo mío - Carlos Andrés Pérez repitió ese viaje y, con cada paso que dio por mi país, subrayó aún más nuestra tradicional dedicación común a los valores democráticos.

Venezuela ha trabajado infatigablemente - y con éxito - por una adopción más amplia de la Convención Americana de Derechos Humanos y por el fortalecimiento de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

Creemos, como ustedes, que nadie puede gozar de verdadera libertad cuando otros están oprimidos.

Venezuela y otros países de América Latina y del Caribe marchan a la vanguardia en otra esfera, que tendrá un efecto igualmente profundo sobre el mundo del futuro: la relación entre las naciones industriales avanzadas que poseen la mayor parte de la influencia y de los bienes materiales, por un lado, y las naciones pobres y en desarrollo del mundo, que comprensiblemente tratan de lograr una parte más amplia y equitativa.

El año pasado, ante la Organización de los Estados Americanos, manifesté que las cuestiones económicas que preocupan básicamente a los Estados Unidos y a América Latina son cuestiones mundiales, y que hay que tratarlas en un diálogo continuo entre las naciones ricas y las pobres.

Consultas más estrechas entre nuestras naciones llevarían a una mayor armonía, un mejor criterio colectivo para evitar errores e impedir que se lesione involuntariamente a los que son débiles y más vulnerables.

Hoy me gustaría examinar con ustedes la responsabilidad que compartimos - tanto los países desarrollados como los países en desarrollo - de crear un orden internacional más justo.

Quiero examinar una visión de lo que puede llegar a ser nuestro mundo: ¿será un mundo de desigualdad e indigencia o un mundo de colaboración y prosperidad? ¿Habremos de prever los cambios que deben ocurrir inevitablemente y nos adaptaremos a ellos, o volveremos la espalda al futuro, creyendo vanamente que se puede detener el cambio?

Anoche, el Presidente Pérez dijo en su elocuente y significativo discurso, que cito: "De todas las utopías, la más peligrosa es la de los que creen que el mundo puede continuar como es, o como se concebía hace treinta años".

Esas reflexiones nos llevan a la afirmación fundamental de que la crisis que ahora afecta al mundo tiene raíces muy profundas. Estamos atravesando una crisis moral, una crisis de principios éticos.

Cambios políticos, económicos y sociales han transformado ya nuestro mundo moderno. Los viejos imperios coloniales han caído, y más de un centenar de nuevas naciones independientes se han levantado en su lugar.

Nuestras naciones tienen mayor dependencia económica mutua, mayor deseo de tratarse como iguales, más posibilidades de influirse mutuamente - para bien o para mal - que en ningún otro momento de la historia humana.

Todos debemos reconocer este hecho: que compartimos la responsabilidad de resolver nuestros problemas comunes.

Nuestras obligaciones concretas serán diferentes, nuestros intereses y nuestras prioridades variarán desde luego; pero todos nosotros, Norte y Sur, Este y Oeste, debemos llevar nuestra parte de la carga.

Si no se comparte la responsabilidad del progreso mundial, nuestros esfuerzos fracasarán sin duda; sólo si se comparte la responsabilidad, podremos lograr los objetivos que nuestros pueblos desean y nuestra época exige.

Compartimos tres objetivos comunes: en primer lugar, acelerar el crecimiento económico mundial mediante una mayor participación de las naciones en desarrollo, pues su progreso es esencial para la prosperidad general de todos nosotros; en segundo lugar, hacer el uso más beneficioso posible de la mayor riqueza del mundo: su potencial humano; y en tercer lugar, asegurar que todas las naciones participen plenamente en las decisiones básicas sobre los asuntos económicos y políticos internacionales.

Sólo actuando unidos podremos ampliar el comercio y las inversiones a fin de crear más empleos, contener la inflación y elevar el nivel de vida de nuestros pueblos.

Las naciones industriales comparten los mismos problemas y no pueden realizar por sí solas la recuperación económica mundial.

Un firme crecimiento y expansión en los países en desarrollo es esencial, y si se logra, esos países deberán estar preparados - lo que es difícil - para las responsabilidades del éxito en esta economía mundial altamente competitiva.

Los pasos que debemos dar juntos son:

- Implantar un sistema de comercio mundial más justo y abierto;
- Bregar por moderar las fluctuaciones de los precios que desorganizan la economía mundial;
- Cooperar en la conservación y el desarrollo de la energía; y fortalecer las posibilidades tecnológicas del mundo en desarrollo.

Ninguna de esas tareas es sencilla y cada una exige el esfuerzo de todos.

Las instituciones y los inversionistas privados seguirán desempeñando el papel más importante en el aumento de las corrientes de capital, pero el capital aportado por instituciones públicas y por los gobiernos es también, por supuesto, fundamental para el desarrollo.

Nosotros, en los Estados Unidos, haremos lo que nos corresponde.

En la administración de la economía mundial, consideramos de especial importancia la ampliación del Fondo Monetario Internacional, que ayuda tanto a las naciones en desarrollo como a las naciones industriales a superar sus problemas de balanza de pagos.

Nosotros, en los Estados Unidos, insisteremos en que el Congreso apruebe con celeridad nuestra importante contribución de 10.000 millones de dólares, recomendada por el Sr. Witteveen, a la facilidad de crédito suplementario.

Los bancos internacionales de fomento son esenciales para el adecuado funcionamiento de la economía mundial por contribuir al crecimiento y al desarrollo de muchas naciones y, en consecuencia, a la expansión del comercio mundial.

En los años próximos, los Estados Unidos se proponen aumentar sus contribuciones, y trabajaremos con otros países para lograr que esas instituciones reciban el apoyo que necesitan.

A la asistencia económica bilateral también corresponde una función importante. Por ejemplo, he pedido que el Congreso apruebe un aumento del 28% en nuestro programa para el año próximo solamente.

Aplauzo los esfuerzos de Venezuela y de otros países en desarrollo por ampliar sus propios programas de ayuda económica.

Todas las naciones miembros de la OPEP tienen la responsabilidad de usar su superávit de riquezas para satisfacer las necesidades humanas del mundo.

En algunos casos, la carga del reembolso de la asistencia oficial para el desarrollo se ha convertido en un obstáculo para el desarrollo.

Mi Gobierno apoya la legislación que el Congreso tiene ante sí en la actualidad y que nos permitirá hacer más favorables las condiciones de los préstamos de ayuda de los Estados Unidos concedidos en el pasado a algunos de los países menos adelantados.

Debemos esforzarnos por lograr un sistema de comercio más amplio y equitativo.

No hay otra esfera de las relaciones económicas que brinde más oportunidades a América Latina o que le dé una responsabilidad más trascendental que la expansión del comercio.

Las negociaciones comerciales multilaterales que se están celebrando en Ginebra constituyen el centro de los constantes esfuerzos por liberalizar el comercio y fortalecer las normas del comercio internacional.

Tanto las naciones desarrolladas como las naciones en desarrollo tienen mucho que ganar con el éxito de esas negociaciones. Todos debemos resistir la tentación de imponer nuevas restricciones a las importaciones.

Todos debemos tratar de reducir las actuales barreras comerciales, tanto arancelarias como de otro tipo, ofreciendo al mismo tiempo especial consideración y beneficios a los países en desarrollo.

También debemos esforzarnos por moderar las variaciones de los precios que desorganizan la economía mundial y por estabilizar los precios de los productos básicos.

Si los precios de las exportaciones se mantienen a un nivel razonable y estable, se puede dominar la inflación y fomentar el aumento de los ingresos y una corriente más regular de nuevas inversiones de capital hacia los productores de materias primas.

Todas las naciones pueden, pues, sacar provecho de la concertación y de la aplicación efectiva de acuerdos sobre productos básicos, así como de la creación, con la ayuda de los Estados Unidos y de otros países poderosos, de un fondo común para la estabilización de los precios.

/...

Ya hemos comenzado a colaborar y a hacer planes para una utilización prudente de los recursos limitados de la tierra, tales como los alimentos, y ha llegado el momento de hacer lo mismo con la energía.

Tanto los países industriales como los países en desarrollo deben conservar energía y dedicar una mayor parte de los vastos esfuerzos y recursos tecnológicos a las actividades que se realizan en todo el mundo para desarrollar nuevas fuentes de energía, como el sol y, tal como ya nos han demostrado las naciones latinoamericanas, incluso el azúcar y otros productos agropecuarios.

Debemos hacerlo sin destruir el medio ambiente o crear un mundo en que proliferen los explosivos nucleares.

En lo que queda del siglo, la mayor capacidad potencial de crecimiento se encuentra en el mundo en desarrollo. Para poder valerse mejor de sus propios medios, las naciones en desarrollo deben reforzar su capacidad tecnológica. Para ayudarlas, he propuesto la creación de una fundación de los Estados Unidos para la colaboración tecnológica.

Gracias a fundaciones privadas y públicas y a nuestra mayor participación en las conferencias de las Naciones Unidas podemos hacer de la cooperación técnica y científica un elemento fundamental de nuestras relaciones.

Nuestra tarea principal como miembros de una comunidad mundial es procurar que llegue el día en que cada persona tenga una oportunidad justa de realizar plenamente su potencial humano.

La población del mundo aumenta rápidamente y se prevé que dentro de dos décadas las dos terceras partes, o más, vivirán en Asia, Africa y América Latina.

Queremos que cada niño sea un niño deseado, pero sabemos que en la actualidad tres de cada cinco niños del mundo en desarrollo carecen de los elementos básicos de un régimen alimentario sano y que casi las dos terceras partes de la población del tercer mundo no tiene acceso a agua potable.

Estas y otras condiciones son una afrenta a la conciencia de la humanidad.

Porque los derechos humanos en que creemos tan firmemente no sólo incluyen el derecho a la libertad y a no recibir malos tratos de los gobiernos, sino también el derecho a una oportunidad justa de llevar una vida decente.

En todo el mundo los frutos del crecimiento se han distribuido de manera muy desigual. Entre las naciones y dentro de ellas la riqueza coexiste con la miseria y el sufrimiento más crueles.

Nuestro progreso económico no basta si sus beneficios no llegan a toda la población.

Las naciones ricas y las naciones pobres deben prestar mayor atención a la elevación de los niveles de vida mínimos de los más pobres de nuestros congéneres.

Los Estados Unidos intensificarán sus esfuerzos, en particular en aquellos países cuyos gobiernos pongan mayor empeño en atender las necesidades básicas de sus pueblos en materia de sanidad, educación y vivienda y en aumentar su propia producción alimentaria.

Aportaremos, por ejemplo, un mínimo de 4,5 millones de toneladas de cereales a un nuevo convenio de ayuda alimentaria. Apoyamos la meta de 10 millones de toneladas de ayuda alimentaria internacional, y estamos dispuestos a unirnos a otras naciones para aumentar esa cantidad, en particular en los años de grave escasez de alimentos.

En cuanto a las libertades políticas que son también parte de los derechos humanos fundamentales, creemos que la democracia proporciona el mejor sistema para lograr este objetivo y que la comunidad internacional tiene la responsabilidad especial de apoyar a los países que se esfuerzan por establecer procedimientos e instituciones democráticos.

No hay duda alguna de que las instituciones que hemos creado deben adaptarse a un mundo cambiante y diverso.

Y ese es nuestro tercer objetivo.

La individualidad y la soberanía de las naciones debe ser respetada. La intervención en los asuntos internos de otros países debe ser combatida.

Preciso es también reducir las ventas masivas y excesivas de armas que hacen mi propio país y otros países industrializados a las naciones más pobres, que tienen todavía profundas necesidades sociales y económicas por satisfacer.

Del mismo modo que todas las personas deben participar en las decisiones de sus gobiernos que afectan a sus propias vidas, así también deben participar todas las naciones en las decisiones internacionales que afectan a su propio bienestar.

Los Estados Unidos tienen vivo interés en trabajar con ustedes, como ya lo hemos hecho antes, para dar forma a un orden internacional económico y político más justo.

Tanto las naciones industrializadas que tienen mayor influencia en instituciones tales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, como las naciones en desarrollo que sienten gran entusiasmo por organizaciones como la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, deben compartir la responsabilidad de abrir el sistema internacional a puntos de vista diferentes.

La Conferencia sobre Cooperación Económica Internacional, en que, como ustedes saben, Venezuela desempeñó un papel tan importante y crucial, fue un comienzo útil hacia el diálogo mundial que perseguimos. Un comité de la Asamblea General de las Naciones Unidas de creación reciente llevará a cabo esa labor.

/...

Al aproximarnos a un orden económico internacional mejor, debemos poner nuestros pensamientos más allá de las instituciones y medir la influencia del cambio en la vida diaria de las gentes. Reconocemos nuestras diferencias, pero no podemos permitir que nos cieguen a los problemas y las enormes oportunidades que compartimos.

Cuando yo era niño, en el Sur de los Estados Unidos, cultivábamos la tierra exactamente como lo habían hecho nuestros abuelos, levantándonos antes del amanecer y trabajando con las manos hasta la puesta del sol.

No teníamos tractores y apenas si teníamos alguna que otra máquina, y aún mientras trabajábamos sentíamos a menudo que estábamos reduciendo nuestro futuro rendimiento, que la riqueza de nuestra tierra se la llevaban el viento o la lluvia.

Cuando cultivábamos nuestra tierra, no teníamos otro remedio que seguir cultivándola y trabajando en los mismos campos porque muchos de nosotros carecíamos de los conocimientos o de los medios para volver a hacerla fructífera. Recuerdo el cambio casi increíble que causó la llegada de la energía eléctrica en la vida campesina de mi infancia.

La electricidad nos liberó de las faenas continuas de sacar agua con la bomba, serrar la leña y encender el fuego en el fogón de la cocina; pero hizo más, nos dio la luz con que leer y estudiar por la noche. Nos dio fuerza, no sólo para realizar las antiguas tareas agotadoras, sino para decidir por nosotros mismos. En efecto, al llegarnos la fuerza motriz por conducto de cooperativas en que todos teníamos que compartir la responsabilidad de las decisiones, cambió también nuestra vida de otros modos.

Los campesinos comenzaron a reunirse para tratar de las necesidades locales y de los problemas nacionales y para decidir el modo de influir en el Gobierno y de negociar con las compañías grandes y lejanas que nos abastecían. Yo he visto la vida campesina que conocí en mi infancia transformada por la energía, por la tecnología, por el aumento de los conocimientos y por la oportunidad de participar en las decisiones que nos afectan a nosotros y a nuestras familias.

Yo comprendo las aspiraciones insatisfechas de otras gentes, en las naciones en desarrollo, de compartir estas bendiciones de la vida.

Todas las naciones deben aunar esfuerzos para reconocer la validez de esas aspiraciones - para tener plenamente en cuenta la necesidad y la diversidad de las naciones en desarrollo - y para fomentar la participación mutua en la adopción de las decisiones internacionales que nos afectan a todos.

Les he hablado de obligaciones compartidas. Las naciones industriales deben proporcionar capital a largo plazo y reducir las barreras arancelarias. Las naciones en desarrollo deben asumir las obligaciones que acompañan a la participación responsable en una economía mundial en transición.

El progreso auténtico se logrará gracias a acciones cooperativas concretas dirigidas a satisfacer necesidades concretas, no mediante declaraciones simbólicas que hacen las naciones industriales ricas para acallar su conciencia, o los países en desarrollo para recordar las injusticias pasadas. Debemos compartir la responsabilidad de resolver los problemas y no repartir la culpa por no haber atendido a los problemas.

Creo que este gran país y el mío comparten la visión de un sistema internacional en que cada individuo y cada nación tengan un papel, en que cada individuo y cada nación tengan la esperanza de un futuro mejor.

Sólo en un mundo así puede la vida ser buena para todos.
